

—Es día de fiesta y me olvidan; hacen bien. ¿Por qué se ha de acordar el mundo de mí, si yo no me acuerdo de él? A carbon apagado, ceniza fría.

La reclusa dejó caer la cabeza sobre sus rodillas como fatigada de haber hablado tanto. La sencilla y caritativa Oudarda, que creyó comprender en estas últimas palabras que se quejaba de frío, la dijo candorosamente:

—Entonces, queréis fuego?

—Fuego! exclamó la reclusa con acento extraño; ¿traeréis también fuego para la pobre criatura que está bajo tierra hace quince años?

Se incorporó la penitente sobre sus rodillas: sus miembros temblaban, su palabra era vibrante y sus ojos lanzaban chispas; de repente extendió la descarnada mano hácia el niño, que la miraba asombrado, y gritó:—¡Lleaos á ese niño, que vá á venir la gitana!

Cayó entonces de bruces en el suelo y su frente chocó con las losas del pavimento, produciendo el ruido de una piedra que cae sobre otra piedra. Las tres mujeres la creyeron muerta; pero unos instantes despues hizo algunos movimientos, y la vieron arrastrarse sobre las rodillas y sobre los codos, hasta el ángulo donde estaba el zapatito. Entonces no se atrevieron á mirar, ni la vieron más; pero oyeron besos y suspiros mezclados con gritos de amargura y con ecos sordos, como los de una cabeza que se dá golpes en la pared; despues de tan violento espectáculo, que hizo estremecer á las tres amigas, no oyeron ya nada.

—Si se habrá matado! dijo Gervasia, aventurándose á meter la cabeza por la ventana; hermana, hermana Gudula!

—Hermana Gudula! repitió Oudarda.

—Dios mio! está inmóvil! ¿si se habrá matado? repitió Gervasia.

Mahieta, sofocada hasta entonces por las otras dos, hasta el punto de no poder hablar, hizo un esfuerzo y dijo:

—Esperad; y acercándose á la ventana, gritó: Paquita! ¡Paquita la Chantefleuri!

Un niño, que sin saber lo que se hace juega en la mecha mal encendida de un petardo y lo hace estallar ante sus ojos, no queda más aterrado que quedó Mahieta al ver el efecto que produjo aquel nombre lanzado de súbito en la celda de la hermana Gudula.

Se estremeció la reclusa, se puso en pié y saltó á la ventana con ojos tan centelleantes, que Mahieta, Oudarda, Gervasia y el niño retrocedieron hasta

el pretil del muelle. Pero el rostro terrible de la reclusa apareció pegado á las rejas de la ventana.

—Oh! oh! exclamó lanzando una carcajada espantosa, la gitana me llama!

Fijó en aquel momento la mirada en una escena que pasaba en la picota. Arrugóse su frente de horror, extendió fuera de la ventana sus dos brazos de esqueleto, y gritó con voz semejante al estertor de un moribundo:

—Eres tú aun, hija de Egipto! ¡Eres tú la que me llamas, ladrona de criaturas! Pues bien, maldita seas! maldita! maldita! maldita!

IV.

Una lágrima por una gota de agua.

Las anteriores imprecaciones constituían, por decirlo así, el punto de union entre dos escenas que se desarrollaban paralelamente en el mismo instante; una de ellas era la que hemos presenciado en la cueva de la reclusa, y la otra la que vamos á presenciar en la escalera de la picota. La primera solo tuvo por testigos á las tres mujeres con las que el lector acaba de entrar en relaciones; pero la segunda tenia por espectador á todo el público que vimos poco antes aglomerarse en la plaza de la Grève alrededor de la picota y del patíbulo.

Los cuatro soldados que desde las nueve de la mañana estaban de centinela en los cuatro ángulos de la picota, haciendo esperar á la muchedumbre una ejecucion de segunda clase, no la de un ahorcado, pero sí la de buenos azotes, la de alguna desorejadura ó cosa semejante, tuvieron necesidad más de una vez de apretar á aquel público que aumentaba con rapidez.

Aquel populacho, disciplinado prácticamente para esperar las ejecuciones públicas, no manifestaba gran impaciencia; se entretenia en contemplar la picota, especie de monumento muy sencillo, compuesto de un cubo de mampostería de diez piés de altura y hueco por el interior: graderío muy pendiente de piedra en bruto, que se llamaba por excelencia la *escala*, conducia á la plataforma superior, sobre la que habia una rueda horizontal de madera de encina maciza; sobre dicha rueda ataban al paciente de rodillas y con los brazos ligados á la espalda; un puntal de madera, que movia un cabrestante oculto en el

interior del pequeño edificio, imprimia movimiento de rotacion á la rueda, que se mantenía siempre en el plano horizontal, y que de este modo presentaba sucesivamente la cara del reo á todos los puntos de la plaza. Esto es lo que se llamaba rodar ó dar vueltas á un criminal.

La picota de la Grève no ofrecia los primores de la picota de los Mercados; no era nada en ella arquitectónico ni monumental, ni techo con cruz de hierro, ni linterna octógona, ni sutiles columnatas terminando en el realce del techo en capiteles de acantos y de flores, nada de quiméricos y monstruosos canelones, ni de maderámen cincelado, ni de fina escultura entallada en la piedra; era preciso contentarse con aquellos cuatro paredones de cascote, con dos refuerzos de greda y con una miserable horca de piedra flaca y desnuda á su lado.

El espectáculo era pobre para los aficionados á la arquitectura gótica; pero eran poco curiosos en punto á monumentos los ignorantes de la Edad Media y no apreciaban la belleza de una picota.

Llegó, por fin, el paciente atado á la trasera de una carreta, y cuando le subieron con una cuerda á la plataforma, cuando le pudieron ver desde todos los puntos de la plaza, sujeto con sogas y correas á la rueda de la picota, una inmensa silba y un tumulto de risas y de aclamaciones estallaron en la plaza. El público habia reconocido á Quasimodo. El era, en efecto.

Extraño cambio, singular contraste entre el Quasimodo de ayer y el Quasimodo de hoy. Hoy le sacaban á la vergüenza para ser castigado en la misma plaza en que ayer fué aclamado y proclamado papa de los locos, llevando entre su comitiva al duque de Egipto, al rey de Tunia y al emperador de Galilea.

No habia nadie entre aquella multitud, ni aun él mismo, ayer triunfante y ahora reo, que se hiciese la reflexion de que faltaba en aquel espectáculo Gringoire y su filosofía.

El trompeta jurado del rey nuestro señor, Miguel Noiret, impuso silencio al pueblo y pregonó la sentencia, segun la ordenanza y por mandato del preboste, y luego se replegó detrás de la carreta con su acompañamiento, que usaba sobrevestas de librea.

Quasimodo, impasible, ni siquiera pes-

tañeaba; hacia que fuera inútil su resistencia lo que se llamaba en el estilo de la cancillería criminal *la vehemencia y la firmeza de las ataduras*, lo que quiere decir que las correas y las cadenillas le entraban probablemente en las carnes, tradicion de presidio y de galera que no se ha perdido todavía.

El reo se dejó atar y encadenar con indiferencia, y solo se podia traslucir en su fisonomía el asombro del salvaje y del idiota: los que sabian que era sordo podian haber creído que era ciego también.

Pusiéronle de rodillas sobre la plancha circular, sin resistencia, y de este modo le despojaron de la camisa y de la ropilla hasta la cintura, y le amarraron con un nuevo sistema de correas y de hebillas; y solo de vez en cuando daba un ruidoso resoplido, como un becerro cuya cabeza pende y se bambolea fuera de la carreta del carnicero.

—Qué ganso! dijo Juan Frollo á su amigo Robin Poussepain, porque los dos estudiantes acudian siempre á toda clase de espectáculos; ¡no tiene más conocimiento que un abejerro metido dentro de una caja!

Rióse mucho el gentío al ver desnuda la espalda de Quasimodo y su pecho de camello y sus hombros velludos y canosos; en medio de la algazara que esta vista produjo en el público, subió á la plataforma y fué á colocarse junto al paciente un hombre de mediana estatura y de robusto continente, vestido con la librea de la Ciudad. Pronto circuló su nombre entre la multitud: aquel hombre era maese Pierrat Torterne, atormentador jurado del Chatelet.

Empezó por depositar en un ángulo de la picota un reloj negro de arena, cuya cápsula superior estaba llena de arena roja, que iba cayendo en el recipiente inferior; quitóse luego la ropilla de dos colores y tomó con la mano derecha un látigo delgado y sutil de correas blancas, largas, brillantes, nudosas y trenzadas y armadas con garfios de metal, mientras con la mano izquierda se arremangaba sereno la manga de la camisa alrededor del brazo derecho hasta el sobaco.

Gritaba entre tanto Juan Frollo, encaramado sobre los hombros de su amigo Robin y levantando por encima de la gente la cabeza rubia y rizada:

—Vengan aquí los caballeros y las señoras á ver azotar perentoriamente á maese Quasimodo, campanero de mi

hermano, el arcediano de Josas, que es de graciosa arquitectura oriental, que tiene por espinazo una cúpula y por piernas dos columnas torcidas.

Por fin, el atormentador dió una patada y la rueda empezó á girar; Quasimodo se bamboleó con las correas, y el asombro que se pintó de súbito en su deforme rostro dió nuevo pábulo á la alegría universal.

De repente, cuando la rueda en su revolucion presentó á maese Pierrat la espalda breñosa de Quasimodo, levantó el brazo; las finas correas silbaron en el aire como un puñado de culebras y cayeron con furia sobre las espaldas del desventurado. Saltó Quasimodo sobre sí mismo como si despertara de pronto, y entonces empezó á comprender lo que aquello significaba. Se retorció bajo sus ataduras, terrible contraccion de sorpresa y de dolor descompuso los músculos de su rostro, pero no exhaló ni un suspiro; solo movió la cabeza hácia atrás, á la derecha y á la izquierda, como un toro picado por un tábano.

Un segundo golpe siguió al primero, y luego otro y luego ciento; la rueda no dejaba de dar vueltas, ni los golpes de llover. Pronto saltó la sangre y se la vió correr á hilos por las negras espaldas del jorobado, y las flexibles disciplinas, cortando el aire en su rotacion, la despatamaban á gotas, salpicando al

gentío. *Un cuchillo para el pilla un tizon para el bribon.*
Quasimodo, al menos en la apariencia, recobró su primitiva impasibilidad; al principio probó sordamente, y sin producir sacudida exterior, á romper sus ataduras; se iba encendiendo su único ojo, se contraían sus músculos, se recogían sus miembros y se tendían las correas y las cadenillas; el esfuerzo era poderoso, inmenso, desesperado, pero inútil; las viejas cadenas del Prebostazgo lo resistieron, rechinaron y nada más. Quasimodo quedó sin fuerzas; en sus facciones sucedió al estupor la convicción de amargo y profundo desaliento. Cerró su ojo único, dejó caer la cabeza sobre el pecho y se hizo el muerto.

Desde entonces ya no se movió; no pudieron arrancarle un movimiento, ni su sangre, que no dejaba de correr; ni los latigazos, cuya furia era cada vez mayor; ni la cólera del atormentador, que se excitaba á sí mismo, embriagándose con la ejecucion; ni el ruido de las horribles correas aceradas y sonoras.

Al fin, un ujier del Chatelet, vestido de negro, ginete sobre un caballo del

mismo color, que estuvo de centinela al lado de la escala desde el principio de la ejecucion, extendió hácia el reloj de arena su varita de ébano. Se detuvo el atormentador, paróse la rueda y el ojo de Quasimodo se fué abriendo lentamente.

Habia terminado la flagelacion: dos criados del atormentador jurado lavaron las espaldas ensangrentadas del paciente, frotándolas con no sé qué unguento que cerró al punto todas las llagas, y le echaron sobre los hombros una especie de manta en forma de casulla; entre tanto maese Pierrat retorcia, haciéndolas gotear, las disciplinas rojas y empapadas en sangre.

Pero no habia terminado por completo el suplicio de Quasimodo; le faltaba sufrir la hora de picota que maese Florian Barbedienne habia tan juiciosamente añadido á la sentencia del caballero Roberto de Estonteville, para la mayor gloria del antiguo fisiológico y psicológico juego de palabras de Juan de Cumiène: *Surdus absurdus*.

Volvieron, pues, á llenar el reloj de arena y dejaron al pobre jorobado sobre la plancha para que la justicia siguiese sus trámites.

El pueblo, sobre todo en la Edad Media, es en la sociedad lo que el niño en la familia: mientras permanezca en el estado de ignorancia primitiva, de menor edad moral é intelectual, puede decirse de él como de los niños, que está en la *edad sin compasion*. Vimos ya que Quasimodo era generalmente aborrecido, verdaderamente por más de una justa causa. Apenas habia entre la muchedumbre un solo espectador que no tuviese, ó no creyese tener, motivo de queja contra el jorobado de Nuestra Señora. Universal fué la alegría al verle aparecer en la picota; el cruel castigo que acababa de sufrir y la violenta postura en que le habian dejado, en vez de enternecer al populacho, encarnizó su odio y aumentó su alegría.

Por eso despues de satisfacer á la *vindicta pública*, como suele decirse aun hoy dia hablando en la jerigonza judicial, les llegó el turno á las venganzas individuales. Aquí, como en la sala mayor del palacio de Justicia, las mujeres fueron las más crueles: todas le aborrecian, unas por su malicia y otras por su fealdad. Estas últimas eran las más furiosas.

—Parece la máscara del Ante-Cristo! decía una.

—Es un ginete de palo de escoba! gritaba otra.

—Vaya un gesto trágico! ¿Quién le hubiera hecho papa de los locos si la eleccion hubiese sido hoy?...

—Hoy hace el gesto de la picota; cuándo hará el de la horca? añadía una vieja.

—¿Cuándo te veremos con la gran campana sobre la cabeza, á cien piés bajo tierra, campanero maldito?

—¡Ese diablo es el que toca á Ave-María!

—¡Pícaro sordo, jorobado, tuerto, monstruo!

—¡Eres capaz de hacer abortar á una preñada mejor que las medicinas de las boticas!

Los dos estudiantes Juan Frolo y Robin Poussepain cantaban á grito pelado el antiguo estribillo popular:

Un cuchillo para el pilla un tizon para el bribon.

Sobre el infeliz Quasimodo no solo llovian mil injurias, silbidos, imprecaciones y risas, sino tambien piedras. Quasimodo estaba sordo, pero veia claro, y el furor público no se retrataba con menos energía en los semblantes que en las palabras; por otra parte, las pedradas le explicaban las burlas y las risas. Al principio permaneció sereno, pero poco á poco su paciencia, que no se desmintió durante el tormento, rindióse á las picaduras de los insectos. Los toros de buena raza, que son impasibles á los ataques del picador, se irritan de los perros y de las banderillas.

Empezó á pasear lentamente por la multitud su mirada amenazadora; pero como estaba encadenado, su mirada no consiguió hacer huir al millar de moscas que mordian su llaga; entonces se agitó entre sus ligaduras y sus furiosos arranques hicieron rechinar sobre sus cimientos la antigua rueda de la picota; pero esto solo sirvió para aumentar los silbidos y las burlas del populacho. Entonces, no pudiendo romper su collar de fiero aherrojado, volvió á quedar inmóvil; solo de vez en cuando un suspiro de rabia hinchaba las cavidades de su pecho. Su rostro no manifestaba ni vergüenza ni rubor; estaba demasiado lejos del estado de sociedad y demasiado cerca del estado de naturaleza para conocer la vergüenza; además, en su extremo de deformidad, ¿es acaso sensible la infamia? Pero la cólera, el rencor y la

desesperacion cubrian lentamente aquella faz horrible con una nube, cada vez más sombría, cada vez más cargada de electricidad, que estallaba en relámpagos en el ojo del cíclope.

Dicha nube se despejó un momento al pasar atravesando por entre la multitud una mula en la que cabalgaba un sacerdote. Desde que Quasimodo vió de lejos al hombre y al animal, se suavizó su semblante; al furor que le desentajaba sucedió una sonrisa singular, llena de mansedumbre y de ternura inefable. A medida que se acercaba el eclesiástico era más marcada la sonrisa y más radiante; parecia que saludaba el desdichado la llegada de un salvador. Cuando la mula se aproximó á la picota lo suficiente para que su ginete pudiese reconocer al campanero, bajó los ojos el sacerdote, volvió de pronto las riendas y metió espuelas á la cabalgadura, como si le faltase el tiempo para desembarazarse de reclamaciones humillantes y no tuviese deseos de que le reconociera y saludase un pobre diablo en tan vergonzosa situacion. Aquel sacerdote era el arcediano Dom Claudio Frolo.

Al ver desaparecer á éste, la sombría nube volvió á reaparecer en el rostro de Quasimodo, permaneciendo en él algun tiempo aun la sonrisa, pero amarga, desmayada y profundamente triste.

Hora y media habia transcurrido desde que el desventurado campanero de Nuestra Señora estaba expuesto á la vergüenza, escarnecido, maltratado, injuriado de continuo y dilapidado algunas veces.

De repente volvió á agitarse bajo sus ligaduras con tal desesperacion, que hizo temblar todo el maderamen que le sostenia, y rompiendo el silencio, que guardaba con obstinacion, gritó con voz ronca y furiosa, que más parecia ladrido de perro que acento humano:

—Agua!

Esta exclamacion de angustia, en vez de excitar la compasion del público, aumentó la diversion del populacho que rodeaba la picota y que, justo es decirlo, considerado como muchedumbre, como masa, no era menos cruel ni menos brutal que la horrible tribu de hampones que dimos á conocer al lector, y que formaba entonces la capa inferior del pueblo. Ni una sola voz se alzó en torno del paciente más que para burlarse de su sed. Verdad es que en aquel momento era más grotesco y repugnante que á propósito para excitar la compasion; su

faz estaba purpurina y reluciente de sudor, su ojo extraviado, su boca espumante de cólera y de dolor y su lengua fuera de la boca; justo es también decir que si hubiera habido entre aquella canalla alguna alma caritativa que hubiera querido dar un vaso de agua á aquel desventurado, reinaba en torno de las gradas de la picota tal preocupación de vergüenza é ignominia, que la hubiera hecho desistir de tan humanitario pensamiento.

Al cabo de algunos minutos, mirando Quasimodo con desesperación á la multitud, repitió todavía con voz más desgarradora la palabra

—Agua!

Todo el público se echó á reír.

—Bebe esto, le gritó Robin, arrojándole á la cara una esponja empapada en el arroyo. Toma, pícaro sordo; ya sabes que soy tu deudor.

Una mujer le tiró una piedra á la cabeza, diciéndole:

—Para que nos despiertes por la noche con tu maldito campaneó.

—¿Todavía nos echarás sortilegios desde lo alto de las torres de Nuestra Señora? le decía un tullido, procurando atizarle con su muleta.

—Ahí tienes una taza para beber, repuso un hombre, disparándole al pecho un pedazo de cántaro. Tú has conseguido que mi mujer abortase un niño con dos cabezas, solo con pasar por tu lado.

—Agua! volvió á gritar Quasimodo, ahogándose.

En aquel momento se abrió la multitud y dió paso á una jóven caprichosamente vestida: acompañábala una cabrita blanca con cuernos dorados y llevaba en la mano una pandereta.

Centelleó el ojo de Quasimodo. Aquella mujer era la gitana que intentó robar la noche anterior, por lo que conocía confusamente que le castigaban en aquel momento; en lo que se equivocaba, pues le castigaban por la desgracia de ser sordo y la de haber sido juzgado por otro sordo.

Creyó, pues, que la gitana venía también á vengarse como los demás.

Subió rápidamente las gradas de la escala. La cólera y el despecho le sofocaban; hubiera querido poder derrumbar la picota, y si el relámpago de su ojo hubiera podido abrasar, la gitana hubiera sido hecha cenizas antes de llegar al tablado.

Se aproximó sin hablar al paciente, que forcejeaba por evitar su venganza,

y desatando una calabaza que llevaba en la cintura, la acercó con dulzura á los labios de Quasimodo. Entonces, en aquel ojo tan seco y tan abrasado hasta este instante vióse rodar una gruesa lágrima, que cayó lentamente á lo largo del rostro, deforme ya mucho tiempo, desencajado por la desesperación. Aquella era quizás la primera lágrima que el infeliz había derramado en toda su vida.

Entre tanto se olvidaba de beber, pero la gitana hizo el gracioso mohín que la era habitual y apoyó sonriendo el cuello de la calabaza en la dentada boca de Quasimodo: éste bebió de prisa y mucho; su sed era ardiente.

Cuando acabó de beber, alargó el jorobado sus negros labios, sin duda para besar la hermosa mano que acudió á socorrerle; pero la jóven, que acaso desconfiaba de Quasimodo, acordándose de la violenta tentativa de la noche anterior, retiró la mano asustada, como un niño que teme que le muerda una bestia.

Entonces el pobre sordo fijó en ella una mirada de dolor, llena de indecible ternura.

En cualquier parte hubiera sido un espectáculo patético el que presentaba aquella atrayente criatura, fresca, lozana, pura y débil al mismo tiempo, acudiendo compasivamente en auxilio de tanta miseria, de tanta malicia y de tanta deformidad; pero sobre el pavimento de una picota aquel espectáculo era sublime.

El mismo populacho se conmovió y gritaba:

—Bien! bien! bravo!

En este momento fué cuando la reclusa vió desde la ventanilla de su cueva á la hermosa gitana y cuando la lanzó aquella siniestra imprecación:

—Maldita seas, hija del Egipto! ¡maldita! maldita! maldita!

V.

Fin de la historia de la torta de maíz.

Ralideció Esmeralda y temblando bajó de la picota. La voz de la reclusa continuó persiguiéndola y gritando:

—Baja, baja, ladrona de Egipto, que ya volverás á subir á la fuerza.

—Ya la dan los arrebatos á la reclusa, exclamó el pueblo murmurando, y no dijo nada más; temía á esas mujeres, y este temor las hacía sagradas para él y no había ni un solo individuo que se in-



LA ACERCÓ Á LOS LABIOS DE QUASIMODO.